

Juan Ignacio Ruiz de la Peña Solar
M^a Josefa Sanz Fuentes
Miguel Calleja Puerta
(coordinadores)

Los fueros de Avilés y su época



Real Instituto de Estudios Asturianos
Oviedo
2012

Los fueros de Avilés y su época / Juan Ignacio Ruiz de la Peña Solar,
María Josefa Sanz Fuentes y Miguel Calleja Puerta (coord.).—Oviedo :
Real Instituto de Estudios Asturianos, 2012

578 p. : il. b/n. ; 24 cm

D.L. AS.-3.743-2012 .- ISBN 978-84-940373-2-0

I. Asturias-Historia-Fuentes

I. Ruiz de la Peña Solar, Juan Ignacio (coord.)

II. Sanz Fuentes, María Josefa (coord.)

III. Calleja Puerta, Miguel (coord.)

IV. Real Instituto de Estudios Asturianos (Oviedo)

930(460.12)

La realización del congreso "Los fueros de Avilés y su época" contó con ayuda financiera del Gobierno del Principado de Asturias, con cargo a fondos provenientes del Plan de Ciencia, Tecnología e Innovación (PCTI) de Asturias 2006-2009, ref. CNG10-44



- © De los textos: Los autores
 - © De la edición: Real Instituto de Estudios Asturianos
- ISBN: 978-84-940373-2-0
Depósito Legal: AS-3.743-2012
Imprime: Imprenta Gofer

Índice

Presentación	9
<i>Juan Ignacio Ruiz de la Peña Solar</i>	
Prólogo	11
<i>Román Antonio Álvarez González</i>	
LECCIÓN INAUGURAL	
La villa de Avilés en la Edad Media: el movimiento portuario pesquero y mercantil	13
<i>Juan Ignacio Ruiz de la Peña Solar</i>	
Las ciudades europeas del siglo XII	75
<i>Giovanni Cherubini</i>	
La urbanización del litoral atlántico del reino de Francia en el siglo XII. <i>Michel Bochaca, Alain Gallicé, Mathias Tranchant</i>	97
The Process of Urbanization on the British Coast in the Twelfth Century	119
<i>Richard H. Britnell</i>	
La repoblación urbana costera del norte peninsular	131
<i>Fernando López Alsina</i>	
Consolidación de la monarquía castellano-leonesa y el fenómeno urbano	233
<i>Manuel Recuero Astray</i>	
Las migraciones de francos en la España de los siglos XI y XII.....	253
<i>Pascual Martínez Sopena</i>	

San Nicolás de Bari y Santo Tomás de Canterbury en la religiosidad del siglo XII.....	281
<i>Gregoria Cavero Domínguez</i>	
Asturias en tiempos del fuero de Avilés (siglo XII).....	303
<i>María Álvarez Fernández</i>	
La génesis del eje comercial Avilés-Oviedo-León	333
<i>José Antonio Álvarez Castrillón</i>	
Avilés en el tiempo de los fueros: una revisión arqueológica de la villa medieval.....	359
<i>José Avelino Gutiérrez González</i>	
Escritura y elaboración formal de los Fueros de Avilés	405
<i>Carmen del Camino Martínez</i>	
El fuero de Avilés de 1155, original extracancilleresco de Alfonso VII....	431
<i>Miguel Calleja Puerta</i>	
El fuero de Avilés como excepción al Derecho general de la comarca .	463
<i>Javier Alvarado Planas</i>	
El Fuero de Avilés: lingüística histórica y metalingüística medieval asturiana	491
<i>Xulio Viejo Fernández</i>	
Los fondos medievales del archivo municipal de Avilés.....	519
<i>Covadonga Cienfuegos Álvarez</i>	
LECCIÓN DE CLAUSURA	
Las lecciones del fuero de Avilés	537
<i>M^a Josefa Sanz Fuentes</i>	
LOS FUEROS DE AVILÉS. INTRODUCCIÓN, EDICIÓN DIPLOMÁTICA Y TRADUCCIÓN.....	547
<i>M^a Josefa Sanz Fuentes</i>	
<i>Miguel Calleja Puerta</i>	

Las ciudades europeas del siglo XII

Giovanni Cherubini

Università degli Studi di Firenze

Las ciudades han tenido en Europa, desde el arco atlántico hasta los Urales y el norte del Mediterráneo, diversos momentos de nacimiento y desarrollo. Dentro de los confines del Imperio Romano, marcados por la muralla de Adriano en Inglaterra, por el Rin y el Danubio (incluyendo la breve avanzada más allá de este segundo río entre los años 106 y 378 en el territorio en el que se extiende actualmente Rumanía), la ciudad estuvo ya presente en los primeros siglos de la Edad Media, definida como *civitas* o *polis*, en función del área de asentamiento: la primera, en las zonas donde se hablaba latín; la segunda, allí donde se hablaba el griego. El primer término, *civitas*, no alude a las ciudades en cuanto tales, sino al conjunto político y moral de la ciudadanía y de las instituciones públicas de la *urbs*, es decir, del conjunto material de las construcciones que formaban la ciudad, encerrada dentro de su perímetro murado, los edificios y las infraestructuras. El término *polis* reunía, en cambio, en sus orígenes, ambos conceptos, *civitas* y *urbs*. En las lenguas neolatinas que se desarrollaron a partir de la fragmentación del Imperio, *civitas* dará lugar a *città*, en italiano; *citè*, en francés; *ciudad*, en español y *cidade* en portugués. El rumano es la excepción, presentando el término *ora*, junto al cual encontramos todavía el de *citadel* (“ciudadela”, “fortificación”, “acrópolis”). Debemos recordar, además, que a través del vocablo francés *citè* pasó al inglés la palabra *city*, abandonada después en favor de *town*, que significaba en origen “espacio cerrado”. El término *city* sobrevivió, sin embargo, para indicar la parte central y más antigua de

Londres y su desaparición no llegó a verificarse, ni siquiera, curiosamente, en el inglés americano, que conserva el nombre en su significado originario¹.

Es necesario hacer una segunda observación y es que en el curso de la cristianización a estas *civitates* del Imperio, que comprendían, como es sabido, un territorio circundante de diversa extensión, se añade la presencia, después de alguna que otra incertidumbre inicial, de un obispo cristiano. Gracias a su función de guía espiritual, de asistencia o de intervención admitida por los poderes públicos –realidad que se constata en una importante extensión del Imperio, especialmente su parte occidental, que no fue nunca fraccionada por los bárbaros invasores– los obispos terminaron por asumir unas funciones cada vez más relevantes en la historia de los centros urbanos, sancionando incluso, con el paso del tiempo, una situación de hecho: no hay ciudad sin obispo.

Anticipo ya que esta rigidez de criterio permanecerá como una realidad absoluta incuestionable en Italia más allá del siglo XII y sobre la cual nos detendremos; y no fue aplicada por la historiografía italiana sólo para las realidades de su territorio, sino que la extendieron al resto, sin respetar la idiosincrasia propia de los núcleos urbanos, y sin tomar en consideración otros aspectos definidores de “ciudad” como la densidad de población o la vitalidad económica. Así se manifiesta, por ejemplo, en boca de un mercader lombardo a inicios del siglo XVI frente a un centro urbano muy poblado como Gante, al que sin embargo no concede la categoría de ciudad por no tener obispo².

La Europa que no había conocido las ciudades en la Antigüedad siguió, imitó, por así decirlo, el modelo urbano de sistematización de sus territorios. Podemos observar, en primer lugar, que a las escasas viejas ciudades sobre el Rin, nacidas ya sobre territorio del Imperio Romano y pronto dotadas de una diócesis, como Colonia, que cuenta con es-

1 Sobre estas cuestiones de terminología y sobre otras que citaré más adelante, vid. G. CHERUBINI: *Le città europee del Medioevo*, Milano, 2009, pp. 165-69.

2 “Gante no es ciudad aunque sí el primer lugar de Flandes y sometido al Obispado de Tournai. Las otras tierras de Flandes tienen respeto a Gante y lo reconocen como un centro superior” (G. CHERUBINI: *Le città europee del Medioevo*, cit., p.83).

3 E. ENNEN: “Kölner Wirtschaft im Früh-und Hochmittelalter”, en VV.AA.: *Zwei Jahrtausende Kölner Wirtschaft*, Köln 1975, vol. I, pp. 87-215; F. IRSIGLER: “Kölner Wirtschaft im Spätmittelalter”, *ibid.*, pp. 217-319.

pléndidos estudios³, se añadieron poco a poco en Alemania, con el transcurrir de los siglos, un número muy abultado de pequeños o pequeñísimos centros habitados que fueron declarados formalmente ciudades –eran ya algunos centenares en el año 1200–, creciendo en cantidad con el paso del tiempo hasta el fin de la Edad Media. Resultaba, por tanto, muy desequilibrada la relación entre las ciudades y las diócesis, pues estas últimas alcanzaron el número de 43 antes del fin del siglo XIII mientras que en las seis provincias eclesiásticas de aquel territorio alemán tan amplio, y muy pronto en expansión hacia las tierras eslavas, las ciudades episcopales disfrutaban, a mi juicio, de un innegable prestigio. La provincia de Mainz comprendía, en efecto, junto a la ciudad homónima, las de Worms, Spira, Estrasburgo, Constanza, Chur, Augsburgo, Eichstätt, Würzburg, Halberstadt, Hildesheim, Praga y Olomouc. A la provincia de Colonia pertenecían la misma Colonia, Münster, Osna-brück, Minden, Utrecht y Liége. Tréveris tenía como sufragáneas Metz, Toul y Verdún.

El arzobispado de Magdeburgo, fundado en 968 por Otón I, tenía como sufragáneas Havelberg, Brandenburg, Meissen, Naumburg-Zeit y Merseburg, cuyos orígenes se remontaban al siglo X. Al arzobispado de Bremen –que comprendía también Hamburgo– quedaban sujetos los episcopados de Lübeck, Ratzeburg y Schwerin, fundados en el siglo XII. A la sede metropolitana del sureste alemán, la de Salzburgo, que se remonta al 798, pertenecían las antiguas diócesis bávaras de Ratisbona, Passau, Freising, y la tirolesa de Brixen. Gurk, en la Carintia, fue incorporada en el siglo XI; Seckau, en la Estiria, y Lavant, también en Carintia, en el siglo XIII. El obispado de Chiemsee fue instituido en 1215, mientras que la diócesis de Bamberg, fundada por el emperador Enrique II, fue sujeta inmediatamente a la Santa Sede⁴. Creo que de la lectura de todos estos nombres incluso un espectador moderadamente informado de la historia alemana del siglo que aquí nos interesa podrá deducir con facilidad el peso que tuvieron aquellas ciudades episcopales, a pesar de ser fuertemente minoritarias respecto al total de los núcleos habitados entonces en Alemania, representando una particularidad relevante en la vida política y urbana del área germana del Imperio. Pero considero

4 Tomo las noticias de las seis provincias eclesiásticas y de las diócesis, de L. HERTLING: *Storia della Chiesa*, Roma, 1967, pp. 251-52.

más importante aún recordar el hecho de que dentro de aquellos confines existía otra jerarquía. A la cabeza, las “ciudades libres” o ciudades imperiales. Tras ellas, las episcopales y, a continuación, las ciudades gobernadas por señores. Es oportuno subrayar que el mundo urbano disfrutó, en cualquier caso, de un espacio relevante en la vida del país y no faltan estudios generales a este respecto⁵.

En su plenitud, el estatuto urbano preveía la elección de magistrados con atribuciones administrativas y de justicia, imposiciones de tipo fiscal, que alimentaban las arcas municipales, derechos de mercado y de moneda, policía interna. Alemania se distinguió pronto del resto de Europa, a pesar de la creación en Italia de leyes ciudadanas anti-imperiales, por su tendencia a constituir ligas de ciudades con primarias motivaciones comerciales. La primera de todas fue la de la Hansa, altamente original en la historia de la Edad Media, que favoreció el intercambio, defendidos los mares de la piratería, protegiendo a sus propios mercados en el extranjero⁶.

Durante el siglo XII cualquier área de Europa conocía ya las ciudades, tanto en aquellas zonas desarrolladas políticamente más tarde –como es el caso de Suiza, que comenzó a emerger entre fines del siglo XIII e inicios del XIV⁷–, como en aquellas otras más vastas que no habían conocido la realidad urbana durante la Antigüedad, y entre las cuales, dejando alguna por cuestiones de brevedad⁸, destacaría Rusia, Escandinavia y Polonia. Es, además, interesante señalar que en estas áreas el nombre mismo que servirá para referirse a la ciudad fue diverso y bien lejano de aquel o de aquellos utilizados en las áreas comprendidas dentro del antiguo Imperio –otra particularidad, a añadir, si se quiere, a lo que se observa en Inglaterra, en la cual sin embargo las *civitates*, que convivían con muchos aglomerados menores, fortificados o abiertos,

5 H. PLANITZ: *Die Deutsche Stadt in Mittelalter. Von der Römerzeit bis den Zunftkämpfen*, Wien-Köln-Graz, 1980; E. ENGEL: *Die Deutsche Stadt des Mittelalters*, München, 1993.

6 J. CALMETTE: *Le Reich allemand au Moyen Âge*, Paris, 1951; PH. DOLLINGER: *La Hanse (XII-XVII siècles)*, Paris, 1964.

7 G. CHERUBINI: *Le città europee*, cit., p. 18.

8 Me refiero a Rumanía e Irlanda, o a un país como Hungría que pertenecía al Imperio en el territorio situado sobre la orilla derecha del Danubio mientras que, en cambio, quedaba fuera el situado en la orilla opuesta (G. CHERUBINI: *Le città europee*, cit., pp. 28-29, 30, 52-53). En ambos casos se puede observar que en el siglo XII existía ya un grupo importante de diócesis (L. GEREVICH (ed.): *Towns in Medieval Ungary*, Columbia University Press, 1990).

eran una veintena⁹. Es lo que sucede con Rumania, evidentemente influenciada por los pueblos vecinos a pesar de sus raíces latinas; entre los rusos, que utilizan el término *gorod* para referirse a la ciudad; o entre los alemanes y el término *Stadt* –con el originario significado de “lugar”, de “sitio”–, que comienza a generalizarse como término común para indicar la ciudad sólo a partir del siglo XI, imponiéndose primero al término *Burg*, y después al de *civitas*. Pero me parece oportuno recordar también el término de *villa* o *ville* –en francés–, al menos por la relevancia que éste tuvo para Francia en su conjunto y para la Península Ibérica, especialmente para la Cordillera Cantábrica.

* * *

Me detengo ahora en Rusia, donde se asentaron una parte de las poblaciones eslavas, que abrazaron progresivamente el cristianismo a través de la ortodoxia griega procedente de Bizancio. A mediados del siglo VIII nació y se desarrolló una red urbana en la zona actual de Ucrania y Rusia –en la Edad Media, llamadas respectivamente Rusia y Moscovia–, en la que participaron las poblaciones del área sueca de Escandinavia. No es mi intención aquí afrontar la discusión, obviamente relevante, sobre el papel, mayor o menor, jugado por los varegos –daneses, vikingos– al inicio de la historia rusa o sobre el propio surgimiento de la familia de príncipes que gobernaron sobre estas ciudades. Me parece suficiente recordar que las aguas del Dniéper, el río que bañaba Kiev y que con su tráfico determinó su desarrollo¹⁰, fuesen también surcadas por las embarcaciones de los varegos para alcanzar en sus viajes el mar Negro y después Bizancio; y el hecho de que en Bizancio el empe-

9 Entre éstas, Colchester y Lincoln, Gloucester y York, Londres y Exeter, Winchester, Leicester y Canterbury. De gran relieve y destinado desde su fundación a un gran futuro, la escala fluvial de Londres sobre el Támesis, con al menos nueve grandes ejes viarios que la convertían en cabecera administrativa de la zona y en una ciudad activamente comercial. Sus muros albergaban un total de 130 hectáreas (G. A. MANSUELLE: *Roma e le province. Topografia, organizzazione, cultura*, tomo II, Bologna, 1985, pp. 195-210). Para las ciudades inglesas, galesas y escocesas, desde el año 600 hasta mediados del siglo XVI, véase la obra colectiva *The Cambridge Urban History of Britain*, a cargo de D. M. PALLISER, vol. I, 600-1540, Cambridge, 2000, en la que no falta, como es obvio, por su amplitud y por la riqueza de los datos, alguna valoración que puede prestarse a discusión (por ejemplo aquella, a mi juicio, demasiado alta, relativa a la situación de Londres previa a la Peste Negra).

10 O. M. IOANNISYAN: “Archaeological evidence for the development and urbanisation of Kiev from the 8th to the 14th centuries”, en C. AUSTIN y L. ALCOCK (eds.): *From the Baltic to the Black Sea. Studies in Medieval Archeology*, London-New York, 1997, pp. 285-312.

rador tuviese también una específica “guardia varega”. No tengo ninguna duda de que, a la luz de los resultados de las excavaciones arqueológicas, la población eslava de las ciudades rusas estaba ya netamente conformada. Con el paso del tiempo nacieron y se desarrollaron en Rusia ciudades grandes o, en cualquier caso, siempre de dimensiones respetables. Aparte de Kiev y de Novgorod podemos citar Polotsk, Tchernigov, Smolensk, Rostov, Vladimir. Antes de la llegada, en la primera mitad del siglo XIII, de los mongoles invasores procedentes de las inmensas estepas de Asia, sabemos que hacia el siglo XII, o al menos a finales de esta centuria, aquellas ciudades estaban ya bien desarrolladas, al menos sustancialmente, y presentaban una actividad artesanal y comercial. Lo demuestra, una vez más, la difusa arqueología rusa, con una riqueza de particulares sobre la vida social y económica de estos centros urbanos; por ejemplo, a la explotación de los trabajadores por parte de los ricos mercantes son atribuibles algunas revueltas urbanas, como la de los pobres de Kiev, del año 1113. No puedo referirme, en esta ocasión, con detalle¹¹, pero sí quiero destacar el hecho de que la valoración general de la población de las ciudades rusas constituyó el 4% de la del conjunto del país, es decir, 500.000 habitantes sobre 12 millones y medio.

En relación con el desarrollo de las ciudades y su sucesiva cristianización, y estrechamente ligadas a su función de cabeceras territoriales –a menudo de territorios vastísimos– fueron fundadas en Rusia las diócesis, a las que se confió, más allá de una función eclesiástica y religiosa, también una no menos despreciable función política, que alcanzó su máxima expresión en la ciudad de Novgorod¹². En la víspera de la llegada de los mongoles, estas ciudades, cabecera episcopal, eran casi una veintena¹³, es decir, poquísimas si se tiene en cuenta la red urbana en el territorio de Bizancio, mucho más densa. No obstante, debemos en este caso tomar conciencia de que para las áreas geográficas no incluidas en los confines del antiguo Imperio romano, generalmente poco pobladas, la fundación de estas ciudades episcopales tuvo lugar por el impulso de

11 Para quien esté interesado, señalo que un resumen bastante detallado de la obra de P. P. ТОЛЧКО: *Drevnerusskij Feodalnij Gorod* [Las ciudades feudales antiguas rusas], Kiev, 1989, se encuentra en mi estudio *Le città europee*, cit., pp. 31-34.

12 N. J. DEJEVSKY: *Novgorod in the Early Middle Ages. The Rise and Growth of an Urban Community*, BAR International Series 1642, 2007.

13 V. VODOFF : *Naissance de la Chrétienté russe*, Paris, 1988, pp. 128 y ss.

los príncipes, naciendo así diócesis muy vastas. A pesar de contar con una red urbana mucho más densa que la Rusia de Kiev, incluso la católica Polonia contaba en el siglo XII únicamente con once diócesis y, además, distribuidas irregularmente. Tanto es así que en el sur de este país la diócesis de Breslavia –Wroclaw– y sobre todo la de Cracovia ejercían sus derechos sobre territorios comparables en extensión a los territorios de algunas diócesis rusas. Subrayo sólo el hecho de que en la Polonia de los siglos XIV y XV, los progresos de la urbanización vinieron de la mano de la concesión de casi 400 cartas de población. Pero, para no perder el sentido de las dimensiones en un continente caracterizado por la diversidad, debemos tener en cuenta que, excluidas Breslavia, Dantzig -20.000 habitantes- y Cracovia -14.000-, el resto de las ciudades alcanzaban apenas los 4.000 –Poznan- y los 2.000 habitantes -Sandomierz¹⁴.

* * *

El amplísimo territorio de los pueblos escandinavos, de stirpe germánica a excepción de la mayor parte de Finlandia, permaneció también fuera de los límites del Imperio romano, a pesar de no ser desconocido para Roma, al menos sus zonas menos remotas. La historia de las ciudades en esta zona puede ser dividida en tres periodos, de los cuales nos interesa retrospectivamente el primero –la edad vikinga (fines del siglo VIII-X)– y el segundo, que desde principios del siglo XI abarca convencionalmente hasta 1350, es decir, hasta la Peste Negra. La historia de los escandinavos supuso, como es sabido, la colonización de Islandia y de la lejanísima Groenlandia, además de la urbanización de Dinamarca, Suecia y Noruega. Se calcula que las ciudades nacidas en el curso de la Edad vikinga alcanzasen, como máximo, los 1.000-1.500 habitantes en Ripen y Hedeby (Dinamarca), y en Birka (Suecia). Pero se debe añadir que la difusión de las ciudades tuvo lugar, sobre todo, a finales de esta edad vikinga. Adamo di Bremen afirma conocer, en torno al año 1070, un cierto número de *civitates* en el reino de Dinamarca (Lund, Roskilde, Odense, Hedeby/Schleswig, Ribe, Aarhus, Viborg, Alborg)¹⁵. Las ciudades, que sacaron beneficio de la acción de los soberanos, se hicieron particular-

14 A. GIEYSZTOR, "Medieval Poland", en VV. AA: *History of Poland*, Warszawa, 1979, pp. 128-29.

15 H. ANDERSSON: "Urbanisation", en K. HELLE (ed.): *The Cambridge History of Scandinavia*, I, *Prehistory to 1520*, Cambridge, 2003.

mente densas desde el siglo XIII hasta mediados del siglo XIV, cuando ascendieron a un centenar aunque muy desigualmente distribuidas, independientemente, como sucediera en otras zonas del continente, de si eran o no sedes episcopales. De ese centenar de ciudades, sesenta se encontraban en Dinamarca, sólo doce en Noruega y al menos treinta en Suecia, incluida la parte finlandesa del reino. En conjunto, no eran ciudades con gran relevancia demográfica: Bergen, en Noruega, tendría alrededor de 7.000 habitantes; Estocolmo y Copenhague, las mayores de Suecia y Dinamarca respectivamente, entre 5.000 y 6.000. De ellas conocemos, sin embargo, sus contactos comerciales, sus mercaderes, sus relaciones con la Hansa alemana, las leyes que regulaban su vida, la administración urbana, sus actividades, sus corporaciones de oficios y el aspecto de su urbanismo: casas, iglesias y construcciones defensivas¹⁶.

* * *

Para el siglo XII es, por tanto, posible describir, aunque sea de modo simplificado, el cuadro de la red urbana de los distintos países de Europa. Me detengo ahora en el territorio del antiguo Imperio Romano. Y comienzo por Italia. La península italiana muestra ya, en este siglo XII, una doble imagen política: por una parte, un reino constituido por los normandos en Sicilia y en el sur continental, caracterizado por la intervención final en la zona de Enrique IV y por un relevo paralelo de la feudalidad frente a una relativa debilidad de las ciudades. Por otra parte, el centro y, sobre todo, el norte, al contrario, serán testigos del crecimiento y la explosión del poder de las ciudades comunales; es el siglo XII el periodo marcado por el poder de los cónsules, ciudades que se unen en ligas, aunque temporales, para frenar la política de Federico I Barbarroja, deseoso de reafirmar el poder del Imperio. Esta lucha entre ciudades e Imperio, finalizará con la victoria de la Liga lombarda en Legnano y, como consecuencia, con el éxito de las ciudades, a las que la Paz de Constanza (1183) reconocerá sustanciales poderes políticos a la sombra, ya sólo formal, del poder imperial¹⁷.

16 G. DAHLBÄCK, "The Towns", en *The Cambridge History of Scandinavia*, cit.

17 Aún muy útil, por la inteligente combinación de temas políticos, culturales, artísticos y económicos y por la participación de un número heterogéneo de ponentes de primer orden, italianos y extranjeros, el volumen de C.D. FONSECA (ed.): *I problemi della civiltà comunale. Atti del Congresso Storico Internazionale per l'VIII° Centenario della Lega Lombarda (Bergamo, 4-8 settembre 1967)*, Milano, 1971.

Esa doble imagen política comportaba ya una doble realidad económica y social, tanto es así que algún historiador ha llegado a hablar de la existencia de “dos Italías”¹⁸, aconsejando sin embargo los estudiosos insistir en la existencia de una Italia marcada por muchas más variedades.

De estas “dos Italías” había una superior, representada por la presencia agresiva en el Mediterráneo, iniciada ya en la época de las cruzadas, de tres potencias maríneas, Venecia, Génova y Pisa; representada igualmente por el eco de la grandiosa Milán, especialmente a partir de los sucesos de Barbarroja; por la emergencia de varias ciudades en la llanura padana y a lo largo del río Po y, finalmente, por el lento pero perceptible crecimiento de la que será la gran Toscana de los siglos XIII-XIV, pionera en banca, en producción y en comercio¹⁹.

Aquella Italia centro-septentrional, que se sobreponía a la otra Italia, la del sur de la península, con una verdadera política colonial, ofreciéndole productos elaborados a cambio de materias primas, se estaba transformando en un caso único en Europa: en un área territorial regida por gobiernos urbanos fuertemente soberanos, riquísima, caracterizada, más que en otros lugares, por fuertes tensiones sociales y asociada progresivamente a un extraordinario crecimiento artístico, literario y cultural.

Aquella Italia, en lo concerniente a su apogeo demográfico medieval, que viene situado a caballo entre los siglos XIII y XIV, o cuanto menos su parte centro-septentrional, fue probablemente el área más densamente poblada del continente, cuanto menos el área en el que se situaban, en su conjunto, los centros urbanos mayores, más grandes incluso que los de los Países Bajos, a los que estas ciudades comunales italianas se asemejaban en muchos aspectos, especialmente el económico²⁰. Milán, Venecia, Florencia, tenían cien mil o más de cien mil habitantes; Pisa, Siena, Lucca, la mitad o en torno a la mitad. Una

18 D. ABULAFIA: *The Two Italies: Economic Relations between the Norman Kingdom of Sicily and the Northern Communes*, Cambridge, 1977.

19 G. CHERUBINI: *Le città italiane dell'età di Dante*, Ospedaletto (Pisa), 1991; ID.: *Città comunali di Toscana*, Bologna, 2003.

20 En una bibliografía amplísima como la relativa a las ciudades de los Países Bajos puede ser suficiente, para un primer acercamiento que llegue hasta finales del siglo XII, los dos volúmenes de D. NICHOLAS: *Medieval Flanders*, London and New York, 1992, hasta la p. 123, y de A. VERHULST: *The Rise of Cities in North-West Europe*, Cambridge, 1999, que parten de las transformaciones de las ciudades romanas y las conducen a la expansión comercial y a la emancipación de los siglos XI y XII.

multitud de ciudades se colocaba entre los diez mil y los veinte o treinta mil habitantes²¹.

Una reflexión en torno a estas cifras, y al hecho de que se tratase de verdaderas y antiguas o, en cualquier caso, viejas *civitates*, como Venecia, todas ellas dotadas de un gobierno urbano propio, de una fuerte ambición urbana, de una memoria y un pasado que podía ser exhibido con orgullo, nos lleva a reflexionar sobre los diversos niveles de urbanismo que caracterizaban, en el siglo XII, las diversas ciudades y los diversos centros urbanos del continente, independientemente de cuál fuese su nombre, *civitas*, *polis*, *villa*, *town*, *Stadt*, *gorod*,... Pero, por grandes que fuesen las ciudades italianas en la etapa cronológica que aquí nos interesa, debemos sin embargo evidenciar, con Ernesto Sestan²², que en el curso de la primera mitad de la Edad Media la península italiana conoció un verdadero “cementerio” de ciudades, es decir, una importante desaparición de centros urbanos debida a mutaciones de tipo demográfico, al abandono del control de las llanuras, a los peligros procedentes del mar, a los ataques de los bárbaros. Muchas ciudades sobrevivieron y se recuperaron después; y otras nacieron y crecieron gracias a la asignación de un obispo, quizás por el abandono de ciudades ya muertas o en vías de extinción.

Un estudio reciente muestra que en la primera mitad del siglo VI o inmediatamente después, 212 *civitates* eran también sedes episcopales²³, mientras que este número, según Flavio Biondo en su *Italia Illustrada*, ascendía a 264 a fines del siglo XIV²⁴. Pero este alto número de ciudades no debe traernos a engaño, pues no implica la ausencia de muchos otros centros poblados y activos, denominados simplemente *castra* y a partir

21 Vid. M. GINATEMPO, L. SANDRI: *L'Italia delle città. Il popolamento urbano tra Medioevo e Rinascimento (secoli XIII-XVI)*, Firenze, 1990, que ofrece también una amplísima bibliografía. Para las cuestiones relacionadas con el momento de apogeo demográfico de las ciudades entre fines del siglo XIII y principios del XIV, remito al mapa publicado en mi estudio *Le città italiane dell'età di Dante*, cit., pp. 18-19, donde se relacionan unas cincuenta ciudades de cuatro niveles demográficos distintos (100.000 habitantes, más o menos; 40.000-50.000; 20.000-40.000; 10.000-20.000).

22 E. SESTAN: “La città comunale italiana dei secoli XI-XIII nelle sue note caratteristiche rispetto al movimento comunale europeo”, en ID.: *Italia medievale*, Napoli, 1967, p. 101.

23 K. TABATA: *Città dell'Italia nel VI secolo d. C.*, Roma, 2009, pp. 339-59.

24 G. CHITTOLINI: “Centri «minori» e città fra Medioevo e Rinascimento nell'Italia centro-settentrionale”, in P. NENCINI (ed.): *Colle di Val d'Elsa: diocesi e città fra '500 e '600*, a cargo de, Castelfiorentino, 1994, p. 13, n. 3.

de un cierto momento *terra*, obligados a equilibrar su grandeza, su vitalidad social, económica, civil e incluso, en ocasiones, cultural. Me li-mito al caso de la Toscana, que mejor conozco, en la cual, junto a las grandísimas o grandes ciudades, encontramos San Gimignano, la recordada Colle, que no era aún una ciudad; Poggibonsi, Borgo San Sepolcro, Certaldo, Figline, sobre todo Prato, igual de poblada que las ciudades de Arezzo o de Pistoia; San Giovanni, Montevarchi, Piombino, Montepulciano o Cortona, que sólo se convierte en ciudad a partir de 1325.

* * *

Pero, ¿qué significó aquel siglo XII para los demás países europeos y sus ciudades? Se trataba de países dominados todos ellos por soberanos y príncipes, por el emperador romano-germánico. Este siglo conoció el desafío del Islam en Sicilia, y la Reconquista, aunque no definitiva, cristiana en España, sobrepasando un poco los límites de esos cien años, es decir, llegando hasta la victoria de los ejércitos cristianos en la batalla de Las Navas de Tolosa en 1212. Sabemos que en la segunda mitad del siglo VII, en las postrimerías del reino visigodo, la iglesia española comprendía 78 diócesis, subdivididas en cinco regiones: la Cartaginense (22), la Tarraconense (15), la Bética (10), la Lusitania (13), Galicia (10) y la pequeña provincia Narbonense de la Galia, al norte de los Pirineos (8). Las diócesis de estos seis territorios tenían respectivamente a su cabeza las sedes metropolitanas de Toledo, Tarragona, Sevilla, Mérida, Braga y Narbona. Entre las sufragáneas de la Cartaginense recuerdo Baeza, Elche, Denia, Valencia, Segovia, Palencia. Entre las sufragáneas de la Tarraconense estaba Barcelona, Gerona, Urgel, Lérida, Tortosa, Zaragoza, Huesca, Pamplona, Calahorra, Tarazona. Entre las sufragáneas de la Bética encontramos Medina Sidonia, Málaga, Elvira, Córdoba. Entre las sufragáneas de la Lusitania destacan Lisboa, Coimbra, Viseo, Lamego, Salamanca, Ávila, Évora, Coria. Entre las sufragáneas de Galicia, Oporto, Tuy, Orense, Lugo, Astorga, Mondoñedo, *Iria Flavia*. La Narbonense comprendía, finalmente, las sufragáneas de Béziers, Agde, Nîmes, Carcassonne, Lodève.

Sin duda, la mayor parte de los centros urbanos mantuvieron tras la conquista musulmana sus nombres íberos o latinos, apenas transformados en su transcripción árabe. Recordemos, entre éstos, Elvira, Elche, Toledo, Lérida, Huesca, Valencia, Zaragoza, Barcelona, Mérida y finalmente Córdoba, a la que los especialistas dedican, como es natural, una mayor atención por su extensión y su imponente demografía, por su función política, por la belleza de su gran mezquita, por el puente sobre el Guadalquivir y por otras muchas razones²⁵.

Sabemos, en cualquier caso, que en todas partes los cambios fueron múltiples y afectaron especialmente a las murallas y las puertas urbanas, a las zonas altas fortificadas, al carácter y la estructura de las habitaciones. España vivió, además, el fenómeno de la Reconquista cristiana y cabe por tanto preguntarse qué significó para la vida de sus ciudades este acontecimiento. Se puede observar que, más allá del peso y del precio de la derrota que los musulmanes debieron soportar, hubo una sustitución capilar de los cristianos en el control de las ciudades y de las propiedades urbanas (edificios y suelos). Se trataba de cristianos de España y de cristianos de más allá de los Pirineos, animados todos ellos por un vigoroso espíritu de cruzada que advertía como suceso posible el derrumbamiento de la situación existente y la venganza, el renacimiento de las iglesias y la anulación o delimitación del espacio ocupado por las mezquitas, unido todo ello a la presión para la conversión de los musulmanes.

Sorprende también la prontitud de la re-cristianización, pues estaba evidentemente difundida la capacidad de resistencia, al menos secreta, de las guías espirituales de los cristianos. Debe advertirse que ya en tiempos de la dominación musulmana, en la primera fase de la reconquista o justo después, el viejo cuadro de las antiguas ciudades se fue completando –hablo sólo de los casos que me parecen más relevantes– con la fundación de la ciudad musulmana de Murcia en el 825, y con las de varias ciudades cristianas: Oviedo, a finales del siglo VIII; Santiago de Compostela, en el curso de la siguiente centuria, convertida en ciudad santa y dedicada a Santiago el Mayor, conocido también como combatiente

25 E. LÉVI-PROVENÇAL: "Instituciones y cultura", en *España musulmana hasta la caída del Califato de Córdoba (711-1031 de J. C.)*, Tomo V, Sexta Edición de la *Historia de España Menéndez Pidal*, Madrid, 1990, pp. 195-255.

contra el Islam a la cabeza de las tropas cristianas; Burgos, fundada a fines del siglo IX, capital de Castilla y centro típico de la Reconquista; y finalmente, Jaca, fundada en el 1077 y la primera capital del reino de Aragón. Estas cuatro ciudades (Oviedo, Santiago, Burgos, Jaca) se convirtieron, rápidamente, desde su fundación, y Burgos en el transcurso del siglo XI, en ciudades episcopales. Santiago de Compostela heredaba el título de la ya desaparecida ciudad romana de *Iria Flavia*.

A la luz de una fuente portuguesa de principios del siglo XV, el *Livro de Arautos* –obra de un embajador instruido, buen conocedor, por necesidad, de las jerarquías entre los lugares habitados y las personas investidas de responsabilidad o de poder– he podido comprobar cuál era en aquel momento la distribución de las ciudades en los cuatro reinos ibéricos cristianos; el musulmán de Granada, viene sólo mencionado. Quiero indicar, en primer lugar, que el término *civitas* aparece 255 veces; el término *villa*, 129; el término *castrum*, 116. Doy estas cifras porque “me parece una buena demostración no tanto de las jerarquías numéricas entre las tres diferentes tipologías de asentamiento, como del punto de vista del escritor hacia una realidad urbana concreta y su capacidad para plasmar la diversidad de los distintos centros urbanos, los superiores demográfica, económica, social e institucionalmente y aquellos, seguramente más numerosos, que lo eran sólo en uno de esos aspectos”²⁶. Esta reflexión que me permito comentar aquí, documenta además de manera sorprendente la continuidad general de las *civitates* de los reinos de Castilla, Aragón, Navarra y Portugal, respecto a lo que hemos documentado para el precedente reino visigodo de la segunda mitad del siglo VII, teniendo en cuenta incluso los cambios y las desapariciones que pudieran constatarse en el entretiem po.

Sobre un tema bien distinto, el de las *villas*, creo oportuno decir algo, presentar algunas cuestiones que he podido constatar gracias a la lectura de trabajos como el de Arízaga Bolumburu y Martínez Martínez sobre las *villas* de la Vasconia, y Bizkaia²⁷, o la más reciente y amplia de

26 G. CHERUBINI: “Le città e le regioni dei regni iberici nel 1416 da una descrizione portoghese”, en F. CARDINI y M. L. CECCARELLI LEMUT (eds.): *Quel mar che la terra unghirlanda. In ricordo di Marco Tangheroni*, Roma-Pisa 2007, vol. I, pp. 267-90.

27 B. ARIZAGA BOLUMBURU, S. MARTINEZ MARTINEZ: *Atlas de villas medievales de Vasconia. Bizkaia*, Donostia, 2006.

Juan Ignacio Ruiz de la Peña Solar sobre *Le ville nuove del nord della Corona di Castiglia (secoli XII-XIV)*, en la que el autor versa su amplia experiencia de estudioso dedicado a esta realidad²⁸. Este autor afronta los necesarios problemas cronológicos, institucionales, aquellos relativos a la iniciativa de los monarcas, a las particularidades territoriales y a las variantes locales. Y me gustaría proponer solamente dos ideas: la primera, de adhesión completa al autor cuando pone de relieve la importancia de la fundación de más de cien villas nuevas, grandes, medianas y pequeñas en tan solo 230 años, entre mediados del siglo XII y el año 1383, “donde antes existían apenas media docena de ciudades episcopales”; la segunda cuestión, que expresa también el autor como deseo general, sería la del conocimiento en toda su complejidad de estos nuevos organismos, lo que incluiría –si fuese posible– algún dato de tipo cuantitativo relativo a la población, la extensión de los territorios de cada una de las villas, las producciones e incluso, siempre y cuando sea posible, las características del ambiente, las aguas marinas, suelos y subsuelos que pudieron haber influido en la acción de los monarcas y en la afluencia de gentes. Concluyo subrayando, aunque no es necesario, el hecho de que las villas, como también los *castra*, se difundieron por toda la Península Ibérica y no sólo en la zona más septentrional del reino de Castilla, aunque con toda probabilidad no con el mismo grado de intensidad.

* * *

Mis colegas y amigos franceses me perdonarán si dedico a su gran bello país menos espacio de cuanto se merece, pero no quisiera extenderme demasiado. Confieso ya de antemano que para nosotros los italianos, o mejor dicho para los italianos que piensan como yo, resulta extraño el éxito del término *ville* para calificar a la ciudad, a pesar de conocer lo que los estudiosos franceses piensan a propósito de esta cuestión. Nosotros italianos no somos capaces de superar ese aire rural de la palabra “ville”, incluso admitiendo que no sólo en el siglo XII, sino también más adelante, la vida en las ciudades estaba fuertemente influenciada, incluso en sentido negativo, por el *perfume aldeano*. Además, llama

28 J.I. RUIZ DE LA PEÑA SOLAR: "Le ville nuove del nord della Corona di Castiglia (secoli XII-XIV)", *Studi Storici*, 52 (2011), pp. 163-195.

la atención que el propio Marc Bloch, en su extraordinaria visión de la sociedad feudal a la que me he aficionado en los últimos años, llegue a ignorar del todo, al menos como tema digno de ser tratado en una síntesis sobre la sociedad feudal, el tema de las ciudades. Por fortuna, la historiografía francesa es tan rica temáticamente que mi insatisfacción ha encontrado pronto un alivio en algunas lecturas, como por ejemplo, el artículo que dedica Philippe Wolff, estudioso puntual y experto, a *Les villes de France au temps de Philippe Auguste*²⁹, es decir, *grosso modo*, entre 1175 y 1225. Este autor hace un elenco, dentro del reino y fuera de sus límites, de las ciudades que construyeron, reconstruyeron o alargaron sus murallas, un hecho particularmente significativo, y no sólo desde el punto de vista estrictamente militar. En primer lugar, París, al que sigue un grupo de ciudades episcopales –no más de 78 para el siglo XIII– que incluía las ciudades de Lille, Beauvais, Reims, Le Mans, Angers, Chartres, Poitiers, Nantes, Bordeaux, Bourges, Montpellier, Nîmes, Metz, Strasbourg, Avignon, Nice, Toulouse, Marseille. Es difícil admitir pues que, a la luz de la historia francesa y considerando las ciudades que faltan en este elenco –pero bien presentes entonces, como por ejemplo Lyon, Arles y Orléans, Aix-en-Provence y Agen, Albi y Amiens, Arras, Verdun y Vienne, Troyes y Autun, Périgueux y Auxerre, Tours, Rouen, Laon, Mâcon y Carcassonne–, las ciudades de origen antiguo pudiesen haber perdido peso ante el emerger del nuevo fenómeno de las *villes* en vez de tratarse, por el contrario, de un precioso ejemplo de continuidad, claro está con la advertencia de que la continuidad no significa inmovilismo sino que presupone, para durar en el tiempo, capacidad de cambio.

Un artículo dedicado a Normandía nos permite medir con exactitud el número de *villes* y de aldeas existentes en aquella bien caracterizada y amplia región de Francia. También el nivel de urbanización de esta zona debe retrotraerse a la Antigüedad. Las cabeceras –administrativas, se entiende– las *civitates*, se convirtieron, como en la Península italiana e ibérica, y como en la misma Francia, en sedes episcopales: Rouen, Bayeux, Evreux, Lisieux, Sées, Coutances, Avranches. Pocos centros más lo fueron, como Caen, que junto con la capital Rouen, fue definida como una “gran ciudad” respecto a una docena de *villes* de tipo medio,

29 Editado en R. H. BAUTIER (ed.): *La France de Philippe Auguste. Les temps des mutations*, Paris, 1982.

una cuarentena de pequeñas *villes* y un buen centenar de grandes aldeas³⁰. Números que expresan claramente la realidad de la zona y que nos permiten diferenciar la ciudad verdadera y propia del conjunto de núcleos habitados, a veces también muy significativo.

* * *

Es el momento de cerrar la descripción del problema de las ciudades en el territorio del viejo Imperio con el análisis de la situación de su parte más oriental, llamada comúnmente bizantina, que conoció también, aunque no de una forma tan agresiva, las invasiones bárbaras y que fue capaz de sobrevivir durante casi mil años.

Se puede decir de entrada que para Bizancio, la capital, el siglo XII se diferencia claramente de la época precedente y de los dos siglos y medio que lo siguen, hasta la caída de 1453. Con la llegada del siglo XIII, Bizancio sufrió el saqueo y la destrucción de la Cuarta Cruzada, la cruzada de los cristianos occidentales contra los cristianos ortodoxos, a la que siguió la institución del Imperio latino de Oriente, que durará unos 60 años, hasta la reconstitución del Imperio Bizantino. En la víspera de aquel saqueo y de aquellas destrucciones Bizancio, que estaba encerrada en una superficie no muy diferente de la de la antigua Roma, había ya vivido una larga crisis demográfica iniciada con la peste del siglo VI, y un viraje en sentido contrario entre los siglos VIII y IX. A mediados del siglo IX se calcula que la ciudad estaba poblada por 250.000 habitantes, que ascenderían a 400.000 o incluso más en la víspera del gran saqueo³¹. Roma, que aún conservaba íntegro su cinturón amurallado y la mayoría de sus tesoros edilicios, aunque bastante deteriorada en un paisaje de marcado sabor rural, presentaba en cambio una población muy modesta en comparación con Bizancio, quince o veinte veces inferior, a pesar de mantener íntegro su prestigio y su reclamo cultural y religioso.

Frente a Bizancio, los occidentales quedaban boquiabiertos. Veían su grandeza y valoraban su riqueza, que aparecía ante sus ojos incluso,

30 F. NEVEUX: "La constitution d'un réseau urbain en Normandie", en VV. AA., *Les villes normandes au Moyen Âge. Renaissance, essor, crise*, Caen, 2006, pp. 45-60.

31 Remito a mi estudio *Le città europee*, cit., pp. 21-23, con las oportunas sugerencias bibliográficas, y pp. 87-94, donde se pueden leer dos importantes descripciones de la ciudad entre el 1204 y los inicios del siglo XV.

fruto de la imaginación, más grande de lo que era en realidad. Escuchemos lo que nos dice en su crónica un cruzado de paso por la ciudad a fines del siglo XI: “¡Oh, que ciudad tan noble y bella! ¡Oh, cuántos monasterios, cuántos palacios hay, maravillosamente fabricados! ¡E incluso en las plazas y en las calles, qué estupendas obras dignas de admiración! Sería enormemente aburrido enumerar la suntuosidad de tantas cosas bellas en oro y en plata, vestimentas lujosas, reliquias de santos. En todo momento los mercaderes transportan con frecuentes viajes todo lo necesario para la vida humana”³².

Otros testimonios recogen y plasman, por el contrario, aspectos diversos de aquella gran ciudad. Odón de Deuil observaba en 1147 que “la fama la hace rica pero, en la realidad, es aún mas rica”, añadiendo, sin embargo, que ésta era “sórdida y pestilente y, en muchos de sus barrios, está condenada a una noche perpetua. Los ricos, en cambio, ocupan las calles con sus palacios y dejan sólo oscuridad y suciedad a los pobres y a los forasteros. Esas tinieblas favorecen a los asesinos, las rapiñas y los crímenes. En esta ciudad se vive sin ley, desde el momento en que prácticamente cada rico es un señor absoluto y cada pobre es un ladrón, por lo cuál ningún criminal tiene miedo ni pudor, en un lugar donde el crimen no era castigado por la ley y no salía ni siquiera a la luz. Es una ciudad de excesos en todos los sentidos, supera al resto de las ciudades en riqueza, pero también en vicio. Tiene también muchas iglesias [...], que son tan admirables por su esplendor como venerables por las numerosas reliquias de santos”³³.

Bizancio, la “reina de las ciudades” era, sin embargo, una excepción también en el contexto del conjunto de ciudades de su Estado, en gran medida caracterizadas por la presencia de un obispo y no demasiado grandes, como resulta del modesto examen realizado a las ciudades de la Macedonia oriental y occidental, para las que disponemos de estudios precisos³⁴, o

32 FULCHERIO DI CHARTRES, *Storia di Gerusalemme. Le imprese dei franchi pellegrinanti a Gerusalemme*, en S. DE SANDOLI, *Itinera Hierosolymitana Crucesignatorum (sec. XII-XIII)*, Testi latini con versione italiana, voll. 4, Jerusalem 1978-84, I, pp. 102-103.

33 S. RONCHEY, T. BRACCINI: *Il romanzo di Costantinopoli. Guida letteraria alla Roma d'Oriente*, Torino, 2010, pp. 68-69.

34 J. LEFORT: “En Macédonie orientale au X^e siècle: habitat rural, communes et domaines”, en VV.AA.: *Occident et Orient au X^e siècle*, Paris, 1979, pp. 251-272; V. KRAVARI : *Villes et villages de Macédonie occidentale*, Paris, 1989.

bien los estudios sobre Corinto, Esparta y Atenas³⁵. Sobrevive, en cualquier caso, como ciudad de relieve Tesalónica, mientras que la red de ciudades de tamaño medio o secundarias permanece, aunque debilitada, bastante densa. En cualquier caso, los especialistas apuntan al siglo X como inicio de un cierto renacimiento. Las ciudades tenían un cuerpo social constituido por el clero, las “autoridades” (*arkhontes*) y los habitantes (*oikêtores* o también *politai*), que incluía a todas aquellas personas con al menos diez años de residencia. Muchas de estas ciudades fueron, además, caracterizadas por un cambio de nombre significativo. Una ciudad o un burgo de provincia, incluso conservando la institución antigua del obispado, venía definida como *castron* poniendo este término de relieve, en primer lugar, la función de la acrópolis fortificada, en lugar de la tradicional definición de *polis*. Estas ciudades alcanzaban a menudo no más de 1.000-2.000 habitantes, pudiendo superarlos en algunas ocasiones³⁶.

No es fácil establecer el rol que, antes de la cuarta cruzada, desempeñaron en Bizancio los hombres de negocios de las ciudades marítimas italianas o, lo que es lo mismo, determinar si jugaron un papel únicamente de aprovechamiento o también de colaboración y de recíproco provecho económico. El odio que hacia ellos manifestaron las poblaciones locales no es un parámetro seguro para hacer juicios equilibrados. Es claro, sin embargo, que Venecia y su *doge* Enrico Dandolo jugaron un papel de primer orden en la cuarta cruzada y disfrutaron de las ventajas de una serie de concesiones territoriales en zonas clave para la actividad y el aprovechamiento comercial³⁷. Por otra parte, estas concesiones de Bizancio a los venecianos³⁸ y sus relaciones recíprocas son conocidas cada vez mejor gracias a una historiografía especializada, enfocada al estudio de los aspectos más variados de la sociedad bizantina, no sólo de Bizancio, sino también del resto de las ciudades, sobre todo tras el desastre de 1204³⁹.

* * *

35 Resumo sus perfiles en *Le città europee*, cit., pp. 25-27.

36 É. PATLAGEAN: *Un Moyen Âge grec. Byzance. Byzance IX^e-XV^e siècle*, Paris, 2007, pp. 67-69, 211-12, 282-83, 420.

37 Véase, al menos, en general, F. THIRIET: *La Romanie vénitienne au Moyen Âge. Le développement et l'exploitation du domaine colonial vénitien*, Paris, 1959.

38 *I trattati con Bisanzio 992-1198*, a cargo de M. POZZA y G. RAVEGNANI, Venezia, 1993 (*Pacta Veneta*, 4).

39 B. ARBEL, B. HAMILTON, D. JACOBY (eds.): *Latins and Greeks in the Eastern Mediterranean after 1204*, London, 1989.

Llegados al final de esta intervención, inevitablemente demasiado concisa, pero al mismo tiempo algo intensa, quisiera terminar con alguna reflexión general. La primera, que nos viene sugerida de los estudios más recientes, está relacionada con la misma definición de ciudad, que no es sólo resultado del inexistente acuerdo por parte de los estudiosos y, a menudo, consecuencia de una falta de conocimiento por parte de los autores de los resultados de sus colegas, sino que deriva también, como hemos visto, del concepto que de la ciudad tenían los hombres del Medievo y de los poderes que en ella existían. En torno a la definición de ciudad, bien de tipo universal, bien en contextos específicos y cronológicamente definidos, se han abierto a lo largo del tiempo numerosas discusiones entre geógrafos, historiadores, filósofos, sociólogos, economistas y urbanistas, pues la ciudad es un objeto en gran medida ambiguo y resbaladizo, al menos como concepto universal, a cualquier intento de definición genérica. En la historiografía urbana falta aún, por otra parte, o viene escasamente practicada, una historia general de las ciudades europeas del Atlántico a los Urales y de la caída del Imperio romano de Occidente al fin del Medievo. Al contrario, no sólo no faltan sino que son tantas que hacen imposible su consideración conjunta por parte de un solo historiador, las historias de ciudades singulares, o de grupos de ciudades de diferentes áreas geográficas o políticas limitadas a periodos particulares del largo milenio medieval⁴⁰. No es ni siquiera fácil encontrar en los manuales consideraciones generales y seguras, como las que ofrece Gina Fasoli en un libro escrito junto a una querida alumna y dirigidas a un público de estudiantes universitarios y gentes de cultura, a propósito de las antiquísimas palabras *civitas* y *polis*. “El sentido etimológico que une la palabra *civis* de un lado a *civitas* y del otro a *civilis*, *civilitas*; el hecho de que en otras lenguas se usen vocablos como *citadino*, *citoyen*, *ciudadano*, *citizen* [...] para calificar a aquellos que disfrutaran de derechos públicos; el hecho de que a su vez los términos *politico*, *politica*, *polizia* deriven de *polis*, que en griego significa ciudad: todo ello revela la importancia determinante de la ciudad y de la con-

40 Considero una contribución muy significativa para comprender esta dificultad, el precioso volumen *Dieci anni di storia delle città. Bibliografia 1983-1992*, publicado en la Revista *Attraverso le città italiane*, dirigida por toda una experta, como F. BOCCHI, Bologna, 1993. Se recogen 3.808 títulos.

vivencia ciudadana, en la formación de la civilización europea y en la evolución de la vida en sociedad”⁴¹.

Quisiera añadir una última consideración, esta vez relativa a las fuentes de la historia urbana y a los estudios que invitan a las nuevas informaciones y a un mayor sentido crítico. El trabajo colectivo ha alcanzado ya en la investigación un espacio en su día desconocido, sobre todo porque allí donde las fuentes escritas faltan o son excesivamente pobres, la investigación arqueológica, que no se confía jamás al trabajo de un único estudioso, ha adquirido un rol de participación de particular relevancia. Basta solo reflexionar un momento sobre las nuevas noticias que nos llegan de las excavaciones relativas, sobre todo, a la Alta Edad Media, pero no sólo, interesadas en sacar a la luz el pasado de las ciudades rusas, polacas, húngaras, rumanas, inglesas e irlandesas, españolas, italianas, francesas, por recordar sólo algunas, o más en particular el pasado urbano del área que permaneció fuera de los límites del antiguo Imperio⁴². Pero es oportuno añadir que allí donde la arqueología ocupa todo o casi todo el espacio y faltan en cambio las fuentes escritas, más propiamente históricas, pero también las fuentes literarias o jurídicas, viene a crearse una diferenciación en el conocimiento del pasado entre las distintas áreas geográficas y políticas. A estas zonas analizables solo o sobre todo a través de la arqueología, se yuxtaponen aquellas para las que el estudio del pensamiento, de los ideales, de los sentimientos, junto con todos esos aspectos de la vida material que la arqueología permite, se revela igualmente posible, siempre y cuando la investigación se aplique de modo adecuado. Es lo que se concluye del volumen italiano recientemente publicado, en el que la medievalista Gabriella Piccinni⁴³ examina, con finura y agudeza, las características y la importancia que tuvo para las ciudades italianas la mitología de los orígenes, es decir, el papel que la memoria ejerció en el reforzamiento de la imagen de sí mismas. La ciu-

41 G. FASOLI, F. BOCCHI: *La città medievale italiana*, Firenze, 1973, p. 3.

42 Para el área del imperio, véase al menos un óptimo ejemplo relativo a España y a la Italia lombarda en el volumen de J. ARCE y P. DELOGU (eds.): *Visigoti e Longobardi*, Firenze, 2001. Para la Europa “no romana”, vid. H. B. CLARKE e A. SIMMS (eds.): *The Comparative History of Urban Origins in Non-Roman Europe: Ireland, Wales, Denmark, Germany, Poland and Russia from the Ninth to the Thirteenth Century*, 2 vols., BAR International Series 255 (I-II), 1985.

43 *Miti di città*, a cargo de M. BETTINI, M. BOLDRINI, O. CALABRESE, G. PICCINNI, Siena, Banca Monte dei Paschi, 2010.

dad se convierte por esta vía en una exhibición de orgullo, en una demostración del propio yo colectivo frente al resto de ciudades, siendo un elemento de fuerza para aquellos organismos virados al autogobierno político.

Nuestro siglo XII no queda, naturalmente, al margen de esta necesidad de la arqueología, ni siquiera para aquellos lugares en los que no faltan, o son incluso abundantes, las fuentes escritas. Piénsese en primer lugar, en la historia del cuerpo humano, y en los testimonios de enfermedades, desnutrición y malformaciones que se recogen de los huesos humanos o en todos los aspectos relativos a las producciones agrícolas o del paisaje que pueden ser estudiados a través de la arqueología. La contribución de la arqueología se convierte en determinante cuando se trata de la historia de los núcleos habitados –ciudades, pero también *castra*, *ville*, pequeñas aldeas abiertas, torres y fortificaciones aisladas, restos de caminos y cursos de agua– e incluso de las viviendas, urbanas o rurales, pertenecientes y dependientes de la ciudad más próxima⁴⁴.

Se debe insistir pues –y cito un último ejemplo, no siempre objeto de estudio por parte de los arqueólogos y sí de gran relevancia para la comprensión global del mundo medieval, como es el estudio sobre la viabilidad– en la importancia de la colaboración entre grupos de especialistas por encima de los estudios aislados o de la participación de autores singulares en congresos o en volúmenes generales⁴⁵. Lo que el lector recaba al final es una visión general, algo de gran importancia cuando se trata de dar un cuadro conclusivo relativo a Europa y que necesita, como ya hemos apuntado, de una temática general y comprensible, pero también de las puntualizaciones necesarias para ilustrar sus múltiples variedades.

(Traducción de María Álvarez Fernández)

44 Muy difundidos son los manuales y las publicaciones que tratan de recoger todas estas direcciones. Señalo sólo algunos que me han llegado a las manos sin buscarlos. M. DE BOUARD: *Manuel d'Archéologie médiévale. De la fouille à l'histoire*, Paris, 1975; J. GUILAINE (dir.): *Pour une archéologie agraire*, Paris, 1991; J. CHAPELOT, R. FOSSIER: *Le village et la maison au Moyen Age*, Paris, 1980; P. ALEXANDRE: *Le climat en Europe au Moyen Age. Contribution à l'histoire des variations climatiques de 1000 à 1425, d'après les sources narratives de l'Europe occidentale*, Paris, 1987.

45 Vid., en este sentido, el volumen de varios autores, organizado por el conocido especialista TH. SZABÓ, con el título *Die Welt der europäischen Strassen. Von der Antike bis in die Frühe Neuzeit*, Köln-Weimar-Wien, 2009.

